

Concha Fernández Martorell

## Representación: cultura, historia, arte

El descubrimiento del lenguaje ha sido, en el último siglo, el problema central de la filosofía; la toma de conciencia de que el ser humano construye la realidad sobre la trama lingüística: identifica los objetos mediante la creación de palabras, ordena sintácticamente los fenómenos y organiza el mundo en el discurso. En la lengua está registrado todo el saber, o mejor, en la lengua –palabra, sintaxis, discurso– el ser humano ha dado forma, ha moldeado, la multiplicidad continua de lo real.

Partiendo de esta premisa, parece indudable que hay distintas maneras de hablar sobre el mundo, es decir, es posible dar a la realidad distintas formas y producir, por tanto, distintos tipos de relación entre el ser humano y el mundo.

La obra de María Zambrano aborda esta cuestión desde ángulos diferentes, en un análisis a veces preciso y minucioso, otras exponiéndolo a grandes trazos, pero siempre desde una dimensión crítica que pone de manifiesto los efectos de la creación por la palabra.

En el texto que aquí nos ocupa María Zambrano opone la Aurora y el Sol como dos formas que simbolizan, respectivamente, dos miradas sobre la realidad, dos lenguajes: la dimensión poética del conocimiento y la pro-

ducción de Verdad. Mientras la primera es expresión y hace de la palabra fuente inagotable de conocimiento; la segunda es representación y crea un discurso único dominante. Trataré de exponer aquí este segundo aspecto, la representación, como forma prepotente de observar el mundo, asociada a un discurso imperativo, lo que María Zambrano llama "el reino del sol", y constituye el substrato de la cultura occidental, la noción de historia a ella unida y la representación artística que la simboliza. Tres aspectos, cultura, historia y representación artística, que nos permitirán interpretar el texto que proponemos.

### *El reino del Sol: cultura e historia*

Todas las culturas conforman y construyen su realidad –natural y social– en el lenguaje, es la forma en que el ser humano habita el mundo, ordena y organiza la realidad que le envuelve, le da dimensión y relieve, la hace suya. Como escribió Hölderlin, "poéticamente habita el hombre..."

Al principio –señala María Zambrano en *El hombre y lo divino*– el ser humano se encontraba sumergido en la realidad como una irradiación constante de vida, el "fondo de misterio" que hoy llamamos "sagrado". En el mismo sentido en que habitualmente decimos que la vida es sagrada<sup>1</sup>. En esta situación hom-

<sup>1</sup> *El hombre y lo divino*. F. C. E., Madrid, 1993, p. 31.

bre y naturaleza se identifican. El primer distanciamiento, origen de la cultura, se produce cuando el ser humano comienza a crear divinidades; es el traspaso de lo sagrado a lo profano, de un estado primitivo de inmersión y unidad con el entorno, al comienzo de la realidad visible, es decir, del conocimiento. Las antiguas cosmogonías cumplen este papel, son el "instrumento poético del orden" que viene a explicar el fondo "sagrado" del que surgen todas las cosas, sustitución de la vida sagrada por los dioses y andanzas sagradas.

Este despliegue poético de divinidades y mitos que llevaron a cabo las cosmogonías, escribe Zambrano, se entretuvo, con excesivo esmero y entusiasmo, en explicar las historias de los dioses, y "dejó abandonado el oscuro fondo originario: lo sagrado verdadero"<sup>2</sup>, la auténtica realidad del ser humano y de las cosas.

Este espacio vacío, ignorado, aunque había sido la fuente de las cosmogonías, será el objetivo de la primera interrogación filosófica: la cuestión del *arché*, el "principio" originario de la realidad. Segunda escisión, sustitución de los dioses por la razón humana, culminación del traspaso de lo sagrado a lo profano.

El filósofo pasa a ocupar el lugar del poeta por su voluntad de retroceder hacia la realidad originaria, volver a la ignorancia del fondo primitivo de las cosas, pues las descripciones de la divinidad son sólo narraciones, fábulas y leyendas –ficción–, mientras seguía oscuro el auténtico principio de la realidad, que la filosofía se propone desvelar: *aletheia* –verdad–.

Los primeros pasos del pensamiento occidental pudieron llegarse a dar, señala María

Zambrano en *El hombre y lo divino*, por la unidad entre poesía y filosofía: un trabajo de la palabra (*logos*) que permitió extraer la realidad íntima de la naturaleza, lo que la filosofía llamó también *logos*. Es el origen "auroral" del conocimiento. "En la primera etapa –presocrática– de la filosofía griega encontramos ese momento feliz de las nupcias entre filosofía y poesía"<sup>3</sup>. Heráclito, Parménides y Empédocles –señala Zambrano– comenzaron a abrir una luz en el camino de la filosofía. Los escritos presocráticos tienen todavía una envoltura poética, de la palabra emana el conocimiento. "La palabra, toda ella, es el principio sobre todos. Así que en el lenguaje filosófico habría de ser el indiscutible a priori del lenguaje mismo"<sup>4</sup>.

En el origen de la filosofía reconocemos este momento: el hombre griego comienza a proyectar un conocimiento racional sobre el mundo pero todavía envuelto en poesía, en el *logos*, palabra y pensamiento se unen para hacer el mundo habitable. Pero muy pronto comienza a imponerse la verdad única, la filosofía irá poco a poco separándose de la poesía –que había sido ordenación del mundo en la palabra– y adjudicándose la posesión de la Verdad, y lo hará convirtiendo en *logos* (palabra, razón) la realidad primigenia, el fondo sagrado. Ya lo podemos observar en Parménides con el imperativo del Ser, "no te dejaré decir ni pensar más que el ser", el fondo sagrado de la vida ha sido definido como Ser; sustituye lo real por el lenguaje, convierte en *logos* la realidad. La gran metáfora se ha hecho realidad, es el nacimiento de la metafísica, "el reino del sol". La presencia originaria de las cosas está ahora ya ausente al ser sustituida por el Ser, que es, por tanto, no presencia sino re-presentación metafísica. Como señala Derrida, la presencia metafísica es la copia que se hace pasar por original, se hace presente borrando la huella de lo ausente.

<sup>2</sup> Op. cit. p. 73.

<sup>3</sup> *El hombre y lo divino*, p. 73.

<sup>4</sup> *De la Aurora*, p. 79.

Pero todavía en Parménides el discurso filosófico mantiene una forma poética. Será Platón quien convierta la representación en auténtica realidad, el Sol como máxima idea. Fuera de la caverna, las Ideas, que son re-presentación, se constituyen en verdad sobre el mundo, sustituyen a la realidad, que pasa a ser una mera copia. En Platón todo ello se da con el rechazo del poeta, a pesar de que su escritura está llena de símbolos y mitos que manifiestan la gran metáfora.

Con Parménides y Platón, la palabra comienza a dejar de ser expresión poética del mundo habitado por el ser humano, para convertirse en re-presentación a través de la filosofía. Este es el punto que caracteriza a la civilización occidental: la gran metáfora del lenguaje —en tanto sustituye a la realidad originaria— es convertida en Verdad metafísica, que más tarde veremos como verdad religiosa y, en la modernidad, como verdad científica, se sitúa en el origen primigenio y se hace pasar por la presencia sagrada siendo sólo una copia, mera re-presentación.

María Zambrano entiende este punto como el umbral, el linde invisible, imperceptible, entre la Aurora y el Sol. Es decir, entre la luz del conocimiento que nos hace humanos y el firme e imperativo poder que impone la Verdad absoluta.

El pensamiento poético, que es Aurora, constituye el momento inicial, da luz sobre el mundo para comprenderlo, es expresión. María Zambrano lo identifica con la primera filosofía —presocrática— y con todos aquellos momentos inaugurales. Hace de la palabra conocimiento, “porque en la noche del sentido germina la aurora de la palabra. La palabra que da vida por la luz”<sup>5</sup>.

El acto de querer alcanzar aquella presencia originaria, el fondo primitivo y sagrado de las cosas, ahora ya ausente con la re-presentación, es lo que ha hecho de la cultura occidental una civilización dominante: no se conforma con dar una luz sobre las cosas para conocer, sino que pretende imponer “el reino del Sol”. Como Verdad absoluta se coloca en el lugar de la presencia originaria, y se hace pasar por ella borrándola e imponiéndose como re-presentación auténtica —y, por tanto, única— de la realidad.

Un segundo momento se da en el cristianismo, que une la tradición judía y el helenismo. “En el principio es la palabra” —cita Zambrano de la Biblia— y “el verbo se hizo carne”. La realidad fundada en el lenguaje. El “reino del sol” es ahora el imperativo de la Verdad teológica. La tradición judía y el helenismo se unen. El Ser filosófico es sustituido por Dios, fondo sagrado originario, en cuyo acto de creación se fundan los dos conceptos que definen a Occidente: la creación y la historia. San Agustín es, sin duda, el filósofo de referencia, que la propia María Zambrano sitúa en el origen de Europa. Con San Agustín, escribe María Zambrano en *La agonía de Europa*, la creación divina se erige en modelo de “este frenesí de la creación que se llama Europa”<sup>6</sup>, voluntad de “hacerse un mundo desde su nada”, fundar la historia.

“Ningún Dios más activo, más violento. De la nada saca el mundo”<sup>7</sup>, escribe Zambrano. Este modelo divino ha constituido el alma de la representación que es Europa: con la mayor violencia, creando desde la nada, arrasándolo todo para existir, la violencia europea ha construido su propia realidad en la historia, repetición del modelo divino, imponiendo su “reino del sol”. La verdad única tiene ahora su

<sup>5</sup> *De la Aurora*, p. 70.

<sup>6</sup> *La agonía de Europa*. Mondadori, Madrid, 1988. P. 34.

<sup>7</sup> Op. cit. p. 33.

referente en el Dios cristiano y se manifiesta en el acto de creación constante que caracteriza a la historia de Europa, repetición mítica de su origen sagrado.

También el renacimiento fue un tiempo auroral que acabará siendo invadido por el sol de la ciencia como única verdad, que acalla lo que en ella hay de conocimiento, pretende eliminar toda sombra, disuelve cualquier duda e impone su "reino único". La violencia creadora de la historia que inaugura el cristianismo se hace ahora, escribe Zambrano en *La agonía de Europa*, "violencia del conocimiento en la Filosofía y en la Ciencia. De una filosofía cada vez más violenta y menos misericordiosa en su cerrada forma sistemática. De la Ciencia con todos sus métodos cada vez más implacables. Y a su compás la acción, la acción ya sin máscara, el anhelo de hacerse del todo un mundo"<sup>8</sup>. Dominio triple: de la filosofía sistemática –arquitectónica, como veremos en el texto–, de la ciencia como representación abstracta de la realidad que se impone, sin embargo, como verdad única y, finalmente, de la tecnología, la acción capaz de crear una segunda naturaleza en toda su dimensión, tal y como la vivimos hoy.

Este es el sentido alegórico del texto que nos ocupa y que aquí aplicamos a tres momentos determinantes en la cultura occidental. Al comienzo del texto Zambrano establece la distinción entre "el reino de la aurora" y "el reino del sol". Metáfora de la luz que da nacimiento al conocer, da relieve, proyecta sombras, la aurora, pero es acallada, olvidada, por el sol cuando se impone como "astro único", "poderoso, potente y decisivo", "deja de ser auroral y se convierte en imperativo", es decir, abandona el conocimiento y se impone como verdad única; "sin volverse nunca hacia atrás para mirar su aparición ni su nacimien-

to", es decir, borrando las huellas de su propia historia para poderse imponer. Simplemente "es" (Parménides) y ha venido para "ordenar este mundo de abajo" (Platón). Es "el reino del sol", metafísico, religioso y científico, en los tres momentos descritos, que no admite sombra y se impone como único, olvidando rápidamente su pasado. Van siempre unidas ambas posiciones: el poder único oculta su origen, no quiere dejar "rastros" de que él ha nacido también."<sup>9</sup>

Zambrano presenta estas dos actitudes como una constante histórica, fuente de la dominación que ha sometido a Occidente. Punto clave en el que el saber se convierte en poder.

Si observamos con atención seremos capaces de ver este fenómeno por todos lados. Siempre que nace una forma nueva de conocimiento –aurora– caben dos opciones: aquel que es capaz de mantenerse en ese estadio de la discreta y prudente sabiduría, que ofrece una brillante luz sobre los objetos, los fenómenos –naturales y humanos–, pero sabe también que la verdad descubierta es humana y, por tanto, una mirada sobre el mundo, relativa y parcial, entonces el sol viene a "regalar vida y calor, luz", es "cumplimiento del reino de la Aurora", es el caso de los grandes sabios de la historia: los presocráticos y, más tarde, la filosofía helenística, el antropocentrismo renacentista y, ya en la modernidad, Spinoza y el que se llama a sí mismo pensador de la aurora, Nietzsche, todos ellos han proyectado una nueva luz sobre las cosas pero sabiendo mantenerse en este momento crítico, reconociendo que hay sombras. Han sido capaces de encender "inéditos humanos sentidos", una "forma de conocimiento reiteradamente anunciada y aun propuesta a la mente histórica por la mejor filosofía", escribe Zambrano.

<sup>8</sup> *La agonía de Europa*, p. 41.

<sup>9</sup> *De la Aurora*, p. 16.

Pero hay otra opción, la que ha dominado, la historia victoriosa que se impone, en cada momento, como “reino del sol”, la que aquí definimos desde la Verdad metafísica, religiosa o científica.

### *El arte como representación*

Desde esta primera distinción crítica entre la Aurora y el Sol, que puede verse reflejada en la cultura y la historia occidental, Zambrano establece una comparación muy sugerente con el arte: escultura, arquitectura, pintura y música, que manifiestan y simbolizan la evolución histórica de las formas del pensamiento.

Cuando “el sol toma posesión allí donde cae”, escribe Zambrano, “destierra las sombras y el agua que hay en la pintura”... “para establecer preferentemente la proyección de su reino en la escultura”. Es el primer momento de la historia, el inicio del pensamiento arcaico en la Grecia antigua centrado en los “kouroi”, que es todavía el reino de la aurora, los primeros atisbos del conocimiento.

Los “kouroi” eran en la Grecia arcaica unas estatuas de hombres jóvenes desnudos que se utilizaban como imagen ofrecida a los dioses o bien junto a las tumbas de los difuntos. En el primer caso representaban la belleza del cuerpo humano en su esplendor divino y en el segundo la figura del difunto ausente para que los vivos pudieran celebrar su memoria.

En ambos casos se trata de una figura ideal que pone a los vivientes en presencia de lo invisible, bien sea el dios imposible de ver o el difunto que ya no se le podrá ver más. Es decir, son la re-presentación de una ausencia,

del mismo modo que la filosofía trata de llenar con la palabra la realidad ausente.

El hecho de proponer a la escultura como primer arte, que ha abandonado y disuelto a la pintura primitiva, sugiere la idea del origen cultural centrado en el pensamiento antropomórfico. La escultura sería aquí la expresión de un conocimiento que se fundamenta en el cuerpo, tal y como la mitología comenzó a explicar el mundo. El objeto y, por tanto, la objetivación que se presenta como resultado de la creación humana, “tiene cuerpo”, dice Zambrano, y hace también presente “el espacio de la realidad que se mide por la distancia que separa a los cuerpos”. La escultura todavía no es representación sino propiamente presencia, de los cuerpos y del espacio que existe entre ellos y, en esta medida, es la primera forma de conocimiento, el ser humano situado en un espacio va creando distancias respecto a lo que le rodea, distingue un cuerpo de otro.

En *El hombre y lo divino* escribió Zambrano: “En el principio era el delirio; el delirio visionario del Caos y de la ciega noche. La realidad agobia y no se sabe su nombre. Es continua ya que todo lo llena y no ha aparecido todavía el espacio, conquista lenta y trabajosa... Lo primero que se precisa para la aparición de un espacio libre, dentro del cual el hombre no tropiece con algo, es concretar la realidad...”<sup>10</sup> Este mundo hecho de espacio y cuerpos, en donde se distinguen unos de otros, es la primera forma de conocimiento y halla su expresión en la escultura. Un punto que Zambrano define como “encuentro entre la Aurora y el Sol”, hay luz –conocimiento– pero no se impone, escribe a propósito del Hermes de Praxíteles, que “bien es verdad ... lleva en sus brazos a Dyonisos” y está “bajo la luz de Paris la Hera casi vegetal”. El dios nocturno de la

<sup>10</sup> Op. Cit. P. 30.

danza, Dionisos, íntimamente ligado a los sentidos y la naturaleza, la vida vegetal, está bajo la luz y, por tanto, la razón, la belleza y la armonía, el sol, es decir, Apolo. La metáfora está señalando un punto de referencia: Nietzsche.

Junto a la sonrisa de los "kouroi", que presentizan el pensamiento antropomórfico de la mitología y de los primeros pasos de la filosofía griega, Zambrano alude también a "los ángeles románicos", una segunda manifestación antropomórfica que expresa las relaciones entre los humanos mortales y la divinidad, el mensajero entre ambos, el que comunica el mundo visible con el invisible, lo mismo que los "kouroi".

Zambrano cita, en último término, a la Gioconda, "la misma sonrisa, que llaman ambigua" de los "kouroi", y viene a presentizar el tercer momento en el pensar antropomórfico, el que llamamos propiamente, renacimiento, una nueva visión del hombre y del mundo que tendría el carácter de aurora y precede, en este caso, al reino del sol dominante e imperativo de la filosofía sistemática y de la ciencia.

Este momento de la escultura, que es "histórica por mandato", dice Zambrano aludiendo a la visión hegeliana del arte, sigue su curso hacia la decadencia, esto es, hacia la representación -que no expresión- de "la gloria del poderoso", con el fin de dejar "una huella material, una figura que señoree su espacio" y aparece así como "garabato del poder". Su carácter antropomórfico, que reunía lo visible y lo invisible -porque "trascienden el hecho de estar aquí y de poder ser tocados", escribe-, se desvanece con el día, cuando deja de ser expresión y se convierte en representación, la escultura es "amaestrada y

avasallada", pierde su virtualidad y se pone al servicio del poder.

Zambrano simboliza este segundo momento del arte con el pensar "arquitectónico e insistentemente sistemático", "pura arquitectura de dominación". Ciertamente, parece ser que las esculturas "kouroi" adquirieron al final del siglo VII a. C. unas dimensiones colosales y, como señala Agnès Rouveret, no es inverosímil considerar que el desarrollo de la escultuaria haya tenido como consecuencia la arquitectura que se desarrolló en Grecia. Podríamos también pensar que Zambrano está jugando aquí con esta hipótesis de la escultura que se convirtió en arquitectura como alegoría de Atenas, la ciudad de los templos, en su época de esplendor, el siglo V, cuando la filosofía, con Platón y Aristóteles, adquiere su carácter sistemático y, concretamente en Platón, el sol simboliza el grado más alto del saber verdadero, bajo cuya luz el filósofo debería gobernar el estado utópico. Momento en que "la aurora es apresada por el temor de la razonante razón de la ciudad, la arquitectónica"<sup>11</sup>.

Más evidentes son las alusiones a la filosofía sistemática de la modernidad. Tanto Descartes como Kant hablan del "edificio del conocimiento" y la "arquitectura de la razón", símbolo, en ambos casos, de un saber firme y sistemático que es posible establecer con el uso riguroso de la razón. El lenguaje metafórico de Zambrano sugiere varias ideas: el pensamiento sistemático es "acreedor de sus propias carencias", es decir, es autodemostrativo, se legitima a sí mismo y hasta sus "propias carencias" desde el sistema que construye, y así "se yergue" dominante, constituyendo su pensamiento en el "único posible", en tanto las demás formas de conocimiento están fuera de su ámbito de justificación y quedan automáticamente des-

<sup>11</sup> *De la Aurora*, p. 11.

truídas como no verdaderas, “sea alzándose sea ensanchándose”, escribe finalmente, extendiendo su dominio a lo alto y a lo ancho. La imagen que presenta Zambrano es precisa: los rascacielos y la urbanización son los dominios de la arquitectura desmedida, especulativa y prepotente, y actúan, de este modo, como el pensamiento sistemático, “alzándose” en verdad única y “ensanchándose”, desplazando o engullendo otras formas de pensar.

Por último, Zambrano adopta la pintura como símbolo de la expresión del espíritu, del “pensamiento vivo”, que no sucumbe ante el poder que impone la presencia extensa, el ocupar un lugar y un tiempo.

Zambrano alude, en este párrafo, al “paisaje” y lo hace en dos sentidos: en primer lugar, “trasciende el tiempo usual”, sin imponerse como re-presentación es capaz de alcanzar lo eterno, convertirse en alegoría del tiempo humano, pues la pintura fue la primera manifestación artística que mostró conciencia histórica y, por tanto, se elevó por encima del tiempo usual a la vez que expresaba su propia historicidad, porque, escribe María Zambrano, “conocerse es trascenderse”<sup>12</sup>; en segundo lugar, escribe Zambrano, “pensamientos hay que pintan un paisaje de ilimitadas dimensiones, y aun fuera del reino de la extensión”, es el pensamiento el que pinta, la pintura es expresión de la idea, de las inquietudes del espíritu, y lo hace presentando “paisajes de ilimitadas dimensiones”, pero no representándolos en su extensión, sino en su trascendencia espiritual.

Estas dos condiciones que Zambrano centra en la pintura como la forma expresiva de un pensamiento vivo que se enfrenta a las “corpóreas lógicas entidades”, sugiere la pintura del paisaje romántico –Friedrich, Turner...-,

con todos los contenidos que entraña: conciencia de la escisión entre hombre y naturaleza. El ser humano ha perdido su amistad con la naturaleza: ella aparece como una amenaza y su inmensidad produce desasosiego, el hombre quiere entonces dominarla e impone la superioridad del sujeto racional y científico, la prepotencia del “reino del sol”. La antigua y originaria ruptura entre hombre y naturaleza ha sido definitivamente cumplida, y la pintura manifiesta la “conciencia desdichada”<sup>13</sup> porque esta pérdida de identidad se ha revelado irrecuperable. En los paisajes de Friedrich aparece esta visión de inmensidad e infinitud de la naturaleza frente a la cual se sitúa el ser humano, como en “Viajero ante el mar de niebla”; grandeza amenazadora del mar de hielo en el que ha quedado atrapado el Esperanza en “El naufragio del *Esperanza*”, la pequeñez humana en medio de la inmensidad natural en el “Monje junto al mar”, etc. La pintura del paisaje romántico es manifestación de la conciencia desgarrada; ve el mundo humano, quiere mostrar la ruptura irreparable con la naturaleza, y pretende superar la escisión a través del arte.

Zambrano plantea también una visión de la pintura como principio de conocimiento del ser humano, pues es capaz de trascender el “tiempo usual” y las “corpóreas entidades”, situarse fuera para observar el mundo humano. La pintura se instala en un tiempo diferente, señala Zambrano, mediante “la penumbra, la sombra, el claroscuro”; es el efecto que producen las pinturas de Leonardo da Vinci, Caravaggio o Rembrandt, que utilizan el claroscuro para cargar las actitudes de una significación intemporal y dotar a la escena de cualidades sobrenaturales, inmateriales, conseguir que el espectador, vivamente impresionado, participe del acontecimiento evocado.

<sup>12</sup> De la *Aurora*, p. 25.

<sup>13</sup> Subirats, E.: *Figuras de la conciencia desdichada*. Taurus, Madrid, 1979.

Estos elementos del paisaje romántico y el claroscuro acercan a la pintura hacia "lo intangible", la sitúan junto "a la música", el último arte que Zambrano solamente cita sin detenerse pero que parece contener el momento liberador. Como en Nietzsche, la música —y la danza que suscita— constituye el arte como símbolo de la pura expresión, ajeno a la representación. La aurora "se muestra a sí revelando y recreando al estático y quieto estar y forzándolo a danzar, a entrar en la danza íntima de sonido"<sup>14</sup>.

Zambrano presenta, con esta alegoría de las artes y la doble imagen de la aurora y el sol, la historia del pensamiento occidental. El origen fue antropomórfico, un intento por racionalizar —ajustar a la razón humana— el mundo entorno, que se manifiesta en la escultura: es el nacimiento de la filosofía en Grecia. La escultura expresa esta visión antropomórfica del exterior a través de la presencia del cuerpo.

Pero ella misma acaba siendo arquitectura, la luz del pensamiento arrojado sobre las cosas acaba por constituirse en creador, principio generador —*arché*— del mundo y de sí mismo, olvidando sus orígenes. Es el momento imperativo, "el reino del sol", de la "pura arquitectura de dominación", en el que la razón ha construido sus sistemas y su propia justificación.

Finalmente, el pensamiento adquiere conciencia de sí mismo, se reconoce histórico y lo expresa en la pintura, con desgarramiento muestra la situación del ser humano, sin imponerse, señala las sombras del pensamiento, la irracionalidad que crea la propia luz de la razón. Hasta convertirse en música, expresión liberada de la representación.

Zambrano ve la necesidad de ser conscientes de esta historia, no olvidarla, sino hacer memoria para liberarse... "Seguiré la Aurora alumbrando, en el seno de la historia, inéditas historias, tal vez la prometida historia que nos libere de la historia"<sup>15</sup>. Una visión crítica que, al mismo tiempo, propone una forma nueva de pensar el mundo, la razón poética que defiende en sus textos. Un *logos* no dominador, luz que permite el conocimiento pero reconoce "penumbras", "sombras", el lado oculto de las cosas que relativiza y hace flexibles las posiciones, cuestiona y problematiza, libera al mismo sol, firme y prepotente, de su propia posición, del dogmatismo que impone y acaba por impedirle observar el mundo con perspectiva. El texto termina con estas palabras: "Sólo en las penumbras, en las sombras, anida la liberación, para el mismo sol, de ese su propio reino que le aprisiona, a él mismo, con su propio poder".

El reino del sol se ha hecho tan fuerte y poderoso en su firme y sistemático pensar, actuar, que no solamente destruye lo que le rodea sino que ha acabado por crear la fórmula de su propia autoaniquilación, el fin de la historia. Quiere olvidar su propia historia cultural, borrar el pasado, las huellas, poner fin a la historia, una imprudencia que ha sido, durante el siglo XX, la fuente de los mayores desastres y puede convertir el futuro en el espectáculo de la propia autodestrucción. Ahí el pensamiento de Zambrano se hace eminentemente crítico, es necesario investigar el pasado, reconocer el substrato de nuestra cultura, dar luz sobre la historia para liberarnos.

Con ocasión del Premio Cervantes 1988 que recibió, M. Zambrano concluye: "voy a intentar seguir buscando la palabra perdida, la

<sup>14</sup> *De la Aurora*, p. 28.

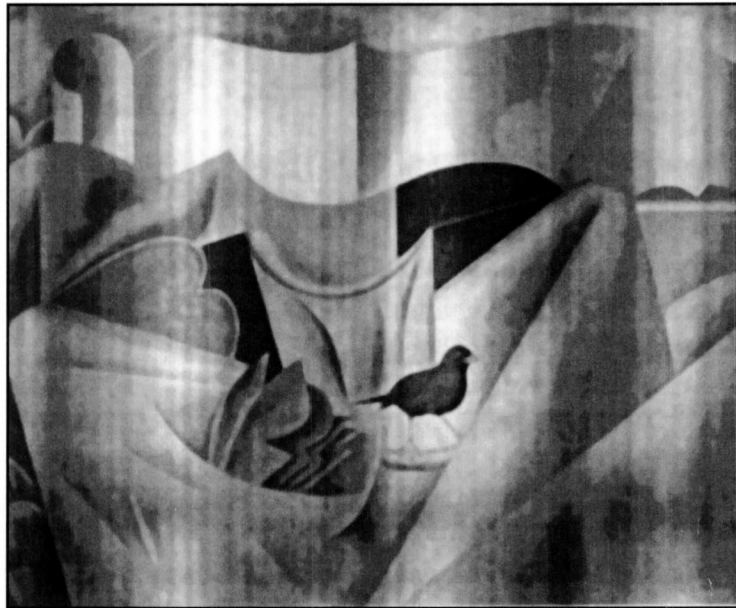
<sup>15</sup> *Op. cit.* p. 112.



## Aurora

palabra única, secreto del amor divino-humano”. Esta palabra perdida significa recuperar la unidad de poesía y filosofía, “convertir el delirio en razón sin abolirlo, es el logro de la poesía”<sup>16</sup>. María Zambrano quiere recuperar el

lenguaje poético como el que es capaz de decir el mundo, de abrir una luz sobre las cosas, sin dominarlo. “El conocimiento que aquí se invoca... pide que la razón se haga poética sin dejar de ser razón”<sup>17</sup>.



Francisco Echaz, *El mirlo*, 1990

<sup>16</sup> *El hombre y lo divino*, p. 353.

<sup>17</sup> *De la Aurora*, p. 30.